

Cowori: misioneros caníbales y otros demonios

La evangelización de los indígenas waorani
(Ecuador)

Susana M. Andrade

■ Doi: 10.54871/ca26cs07

Introducción

La llegada de los misioneros protestantes norteamericanos a América Latina, a fines de la década de 1950, impulsó una política anticomunista estadounidense dirigida a los países de América Latina para detener el ejemplo de Cuba. Esta política se basó en la implementación de proyectos de desarrollo, salud, educación y evangelización. La guerra fría con la Unión Soviética y la revolución china de Mao Zedong habían conquistado los corazones de los jóvenes latinoamericanos con un discurso antiimperialista y anticapitalista. Para los misioneros americanos y los empresarios petroleros, el comunismo y el catolicismo tenían una misma raíz demoníaca. En el caso de las empresas petroleras, en Ecuador, el comunismo se asoció con los detractores de la explotación petrolera, los sindicatos y las luchas por los derechos laborales. Tanto misioneros como empresarios compartieron un mismo credo bautista,

cuyo propósito fue salvar y civilizar a los pueblos no contactados con el fin de acceder y explotar los territorios indígenas ricos en petróleo. El rol del cristianismo evangélico y los intereses económicos y políticos de las transnacionales petroleras convergieron para la expansión del capitalismo transnacional y la propagación de los valores de dependencia y mercado. En este plan, el Estado ecuatoriano jugó un papel clave proporcionando apoyo incondicional, recursos, contratos y concesiones a las empresas y las misiones norteamericanas.¹

Los indígenas waorani, quienes habitan la selva amazónica ecuatoriana, se mantuvieron sin contacto hasta las décadas de 1960 y 1970, cuando los misioneros estadounidenses irrumpieron en sus vidas, con el mensaje bíblico, los valores y la moral de la cultura blanco-mestiza. El grupo de nómadas cazadores-recolectores, de no más de 500 habitantes, no conocía el metal, ni el bien y el mal tal y como los definen las visiones judeocristianas, y vivía épocas de guerra y paz intertribal al ser contactado por los misioneros evangélicos y las empresas extractivistas. Antes del contacto, en 1958, eran férreos guardianes del bosque y mataban con lanzas a todo intruso que se atreviera a entrar en su territorio, fueran estos misioneros, colonos, comerciantes, exploradores, militares, u otros indígenas, a quienes los llamaron *cowori*. Esa palabra se puede traducir como extraño, caníbal, no humano, aquel que amenaza la tierra, el bosque y, con eso, la vida de los waorani quienes se definen a sí mismos como “las verdaderas personas”.

En este capítulo se analizan las motivaciones, la fe y la determinación de los misioneros por llevar el mensaje bíblico y “la civilización” a los waorani.² Entre algunas razones, el sentido del sacrificio

¹ Esta investigación contó con el apoyo de la Dirección de Investigación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Próximas versiones sobre el tema más serán publicadas en las ediciones de Meza y Ciurlo (2025) y Florez y Feitoza (2026).

² Recurro a los términos civilización, civilizatorio tal y como lo utilizan los waorani y los misioneros norteamericanos para referirse al momento del contacto cultural con la sociedad occidental a partir de 1958.

y la existencia de un plan divino están en la base de su misión de dar a conocer la “verdadera” fe, un Dios único y la salvación del alma. Se examinan la dinámica del contacto cultural y los desencuentros entre lógicas culturales diametralmente opuestas.

La investigación se realizó en las comunidades waorani de Toñampare, Bamenó, Keweirón y Guiero, Tobata, Miniguano y Dicaro, y se entrevistaron más de 60 mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, en un periodo que se extendió entre los años 2018 y 2024. Además, se revisaron fuentes secundarias tales como testimonios, memorias, películas, diarios y crónicas de los misioneros protestantes y católicos.

Si bien el trabajo se centra en los procesos de contacto y evangelización cristianas, gradualmente se amplió el análisis al rol del Estado ecuatoriano y de las multinacionales petroleras.

La cultura waorani

Los waorani, antes conocidos como *aucas*, habitaron la selva amazónica entre los ríos Napo y Curaray, en las provincias de Napo, Orellana y Pastaza del Ecuador.³ Esta sociedad igualitaria y autosuficiente rechazó históricamente cualquier forma de intercambio y comercio con el mundo exterior. Su aislamiento se reflejó incluso en la lengua, al no pertenecer a familia lingüística conocida. “Permanecieron aislados de los colonos blancos, caucheros y de otras tribus indígenas debido a su continua hostilidad” (Rival, 1996, p. 24). Otro rasgo destacado fue la flexibilidad cultural: “nadie puede ser obligado a nada y, en general, nadie tiende a obligar a nadie. Rige el pleno reconocimiento, el pleno respeto al derecho del individuo a actuar de manera independiente” (Yost, 1981, p. 110). Si bien existen reglas de matrimonio, residencia y formas de poder

³ El término *auca* en kichwa significa salvaje y fue el nombre utilizado para designar a los waorani antes del contacto.

situacional como en otras tribus amazónicas, la no observancia no fue sancionada. La adaptación al ambiente ribereño reflejó dicha plasticidad cultural, pues antes del contacto habitaron las zonas altas del bosque, lo que supuso un ajuste al entorno de los ríos, las canoas y la dieta. Esta cualidad adaptativa representó una forma de resistencia a las ideas, tecnologías, hábitos, estilos de vida y valores de la sociedad moderna.

Otro rasgo significativo de los waorani es el humor y la risa que revela una alegría de quienes no toman las cosas con tanta seriedad, ni le dan importancia, ni gravedad a los hechos; viven el presente en total plenitud, tal y como describe un misionero del ILV que trabajó con los pirahãs en la Amazonía brasileña:

Los pirahãs se ríen de todo. Se ríen de sus propias desgracias: cuando la choza de alguien se derrumba durante una tormenta, sus ocupantes se ríen más fuerte que nadie. Se ríen cuando pescan muchos peces. Se ríen cuando no pescan nada. Se ríen cuando están llenos y se ríen cuando tienen hambre. (Everett, 2008, p. 143)

Para los misioneros protestantes, esta levedad de espíritu fue desconcertante; la risa durante los cultos, la falta de atención al mensaje bíblico, la indiferencia a las ideas e imágenes del infierno, la condenación del alma, el bien y el mal. Pocos misioneros reconocieron la inutilidad de “salvar” a un grupo que rechazaba ser salvado, a menos que se los convirtiera en víctimas, tal y como explica Everett:

Pensé de nuevo en el desafío del misionero: convencer a un pueblo feliz y satisfecho de que está perdido y necesita a Jesús como su salvador personal. Mi profesor de evangelización en la Universidad de Biola, el Dr. Curtis Mitchell, solía decir: “Tienes que lograr que se pierdan antes de poder lograr que se salven”. Si las personas no perciben una carencia grave de algún tipo en sus vidas, es menos probable que acepten nuevas creencias, especialmente acerca de Dios y la salvación. (Everett, 2008, p. 474)

Las creencias waorani forman parte de una ontología animista en la cual los espíritus de los animales, las plantas, los árboles, los muertos y ciertos objetos tienen vida propia, agencia, alma, jerarquía y cohabitan con los waorani. La forma de comunicación más común, entre entidades, es a través del sueño. Los sueños presagian, anticipan, auguran, previenen enfermedades, anuncian visitas, advierten muertes y accidentes. Ahora, como cristianos, dicen soñar “en la sangre y corona de Jesucristo”, pero también en Dayuma, Raquel, los profetas del evangelio y el paraíso.

La comunicación con los espíritus poderosos de la selva y con el más allá es asunto de los chamanes, quienes cuentan con la fuerza y el espíritu de la gran boa, el jaguar, el puma, la guatusa, el águila o el venado. La iniciación de un chamán se transmite a través de otro familiar, quien cura la enfermedad de un paciente. El poder de sanar se adquiere por medio de plantas alucinógenas, con la práctica del ayuno, una dieta estricta (sin sal ni azúcar) y reclusión en el bosque. En la actualidad, ya no hay verdaderos curanderos debido al consumo de sal y azúcar; por lo tanto, ya no tienen fuerza suficiente. “Los últimos fueron Kareno y Boya y tuvieron poderes contra el viento y los desmayos”, explica Moi, el hijo de un chamán.

Igualmente, los ancianos de la comunidad de Keweirono explican:

Chamanes son papá de tigre, curan y ayudan, así curando pasan el poder al enfermo y este podrá curar. Cuando sopla el chamán, se queda su poder y pasa el espíritu al enfermo. Cuando muere el cuerpo (del viejo chamán) sale tigre y pasa al siguiente chamán. Tigre nunca muere, solo cambia de cuerpo. Cuando se enoja chamán mata, a través de la anaconda manda a comer. (Grupo focal con pikenani, Keweirono, agosto de 2018)

Las causas de algunas enfermedades son atribuidas a los chamanes pues se cree que son producidas por los espíritus. Sin embargo, para las enfermedades del exterior dicen no tener remedio.

Para gripe de ciudad no hay remedio, de esas enfermedades no se sana. Enfermedad wao es por ataque de chamán, la mirada enferma, quedamos débiles, espíritu de la noche enferma. Los animales que curan son culebra, boa, anaconda, enfermedad de pájaro es peligrosa, mata. Los problemas atraen a la anaconda gigante. (Grupo focal con pikenani, Keweirono, agosto de 2018)

Debido a la escasez de chamanes waorani, ahora la población frecuenta a curanderos kichwa, con la esperanza de ser protegidos de las interminables guerras entre brujos.

Operación auca: los mártires evangélicos

El protestantismo evangélico estadounidense estuvo influenciado por las narrativas misioneras, que exhortaron a los jóvenes a evangelizar tribus salvajes en lugares inhóspitos para la salvación de sus almas. La ayuda desinteresada y el sometimiento a la voluntad de Dios eran los ideales que debía practicar un buen cristiano y misionero. Así, esas personas confiaban rotundamente en que Dios les abriría los caminos y les proporcionaría la fuerza para traducir el evangelio e iniciar la conversión.

Desde la década de 1950, varias misiones protestantes se establecieron en el Ecuador entre los grupos kichwa, siona, secoya, cofán, tsáchil y chachi. Sin embargo, el mayor desafío fue contactar a los waorani, la tribu más feroz de la que se tenía noticia. Fue así como, en 1956, cinco jóvenes misioneros intentaron un contacto pacífico con los waorani, para lo cual elaboraron un plan conocido como “operación auca”, el cual consistió en sobrevolar el territorio, para identificar viviendas indígenas y lanzar regalos junto con las fotos de los misioneros.⁴

⁴ Los regalos enviados por los misioneros consistieron en ropa, sal, velas, cuchillos, ollas, machetes y hachas, mientras que aquellos que los indígenas retornaron fueron loros, coronas de plumas, pájaros y ardillas.

Antes y durante la “operación auca”, los misioneros percibieron, según sus relatos, numerosas señales divinas: desde hallar las viviendas, observar la euforia al abrir los regalos y recibir obsequios por parte de los indígenas.⁵ A pesar del alto riesgo de aterrizar en una playa del río Curaray, el plan divino parecía favorable.

El resultado de la “operación auca” fue la muerte con lanzas de los cinco misioneros estadounidenses. La noticia nefasta se difundió por medios y estaciones de radio locales e internacionales [HCJB], cadenas de televisión, diarios y revistas de Estados Unidos y el resto del mundo. El relato de la masacre evidenció el ‘salvajismo’ de una tribu, que había terminado con las vidas prometedoras de cinco jóvenes misioneros que arriesgaron sus vidas por la salvación de los indígenas. Los misioneros se convirtieron en mártires cristianos al cumplir el mandato bíblico de “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará” (Biblia, 1975, Marcos 16:15).

Los misioneros muertos en manos waorani se convirtieron en figuras nacionales. Los americanos, especialmente los evangélicos, estuvieron atraídos por la historia de estos jóvenes: su fe, su ingenuidad americana, sus aventuras pioneras, su deseo de arriesgar sus vidas, y la valentía de sus esposas. (Long, 2019, p. 22)

Las muertes de los misioneros produjeron una enorme publicidad para el Instituto Lingüístico de Verano [ILV], que recaudó fondos y fama para financiar nuevos intentos de pacificación de los waorani. “No solo había reaccionado la iglesia en Estados Unidos, sino que en Ecuador hasta los indios quichuas y jíbaros se estaban apuntando como evangelistas y misioneros” (Long, 2019, p. 36).

En 1934, Cameron Townsend había creado el Instituto Lingüístico de Verano como un campamento de verano en el estado de

⁵ El sistema de envío de regalos por aire lo inventó el piloto Nate Saint y consistió en atar una cuerda a un balde en la avioneta y bajarlo al suelo lentamente. Este sistema fue utilizado para proveer de productos y medicinas a las estaciones misioneras.

Arkansas. Antes de eso, había fundado dos organizaciones, por separado pero complementarias, al ILV: Wycliffe Bible Translators y Jungle Aviation and Radio Services [JAARS]. La importancia de estos ministerios residía en traducir la Biblia:

Los misioneros del ILV no predicán ni bautizan. Evitan los roles de pastor. Más bien, creen que la manera más eficaz de evangelizar a los pueblos indígenas es traducir el Nuevo Testamento a su idioma. Dado que el ILV también cree que la Biblia es literalmente la palabra de Dios, entonces la Biblia debería poder hablar por sí misma. (Everett, 2008, p. 408)

La pacificación

Raquel Saint, hermana del piloto asesinado, escuchó el llamado divino para continuar con el contacto y comenzó una segunda “operación auca”. Esta vez con más cautela y planificación. Primero, se trasladó al Ecuador desde el Perú, donde trabajaba de misionera con los indígenas sharpas. El segundo paso fue buscar la manera de aprender la lengua indígena, el wao terero, para lo cual localizó a una mujer waorani que había huido de su clan y vivía en una hacienda cauchera con mestizos e indígenas kichwas. Con ella aprendió sobre la cultura y el idioma wao terero. Dos años después de la matanza de los misioneros, en 1958, Dayuma, Raquel y la viuda Elizabeth Elliot entraron al clan guiquitaire de Dayuma. De esta manera Raquel inició el contacto con los waorani de la mano de Dayuma, la primera waorani convertida al evangelismo.⁶ Raquel permaneció 35 años con los waorani y murió en 1994. Dayuma murió veinte años más tarde, en 2014, respetada y apreciada por haber

⁶ Existe una amplia literatura misionera sobre la transmisión de conocimientos de Dayuma a Raquel Saint. Véanse *Operation Auca: Contact and Evangelization of the Waorani Indians* (Andrade, 2025), *God in the Rainforest* (Long, 2019), *Through gates of splendor* (Elliot, 2002), *The Dayuma Story* (Wallis, 1960) y *Aucas Downriver* (Wallis, 1973).

legalizado el territorio waorani y agrupado a los clanes enemigos. Sin embargo, su fe cristiana fue disminuyendo con el pasar de los años y su memoria sufrió cambios; los relatos actuales dan cuenta de su metamorfosis animal (en venado) tal y como sucedía tradicionalmente con los poderosos shamanes y grandes guerreros.

El principal método de evangelización del ILV, con Raquel al mando, fue agrupar a los cuatro clanes enemigos en un territorio delimitado con una extensión de 1.600 km², conocido como “protectorado”; esta empresa tomó más de veinte años en juntar al 80 % de la población waorani. Saint y Dayuma gobernaron con base en la entrega de regalos, comida, mercancías, arreglos matrimoniales y promesas de paz y abundancia celestial.

La ubicación y movilización de los clanes se realizó con sobrevuelos en helicópteros, lanzamiento de regalos con grabaciones de Dayuma invitándolos a reunirse en Tiweno, el protectorado. Para ello se valieron del apoyo de cientos de horas de vuelo y de las compañías petroleras interesadas en desalojar a los waorani de sus territorios debido al hallazgo de grandes yacimientos de petróleo.

La colaboración de fugitivos y cautivas waorani como enlaces con sus clanes no contactados fue trascendental para el contacto y traslado de la población. Para llevar a cabo la reubicación de los clanes se les prometió abundante comida, mujeres, hachas, machetes y el fin de las guerras intertribales. “Aprendimos a civilizar, a vivir en paz, a dejar de pelear, a respetar, a no robar”, recuerda Ogay cuando su familia se desplazó al protectorado en Tiweno impulsados por las palabras y los regalos de Dayuma y Toña que habían llegado del cielo.⁷

Los waorani de río abajo llegaron cansados al protectorado y aún recuerdan los bautizos en el río, la nueva comida, las películas sobre el fin del mundo, la predicación en su idioma y por parte de misioneros waorani, la vida de Jesucristo, los ángeles, la

⁷ Toña fue el primer misionero y mártir waorani, quien evangelizó a su clan baiwairi y fue asesinado por sus propios parientes.

prohibición de construir lanzas, el veto a la poligamia, los cantos cristianos, y un sinnúmero de interdicciones. Los pikenani o ancianos lo recuerdan así:

“No matar, no hacer esto, no hacer aquello, no vivir con mujeres, no hacer nada, así educaban”; no guerra, no baile, viva bien, camino de Dios único camino; nuestro Señor vino a salvar y está escribiendo pecados. Carne a la tierra, alma al cielo. Eso prohibido, esto prohibido. Católicos no valen; cuando viene Dios cristiano vamos a salvar, subir al cielo, los no cristianos al infierno. (Andrade, 2025, p. 14)

La reubicación constituyó una especie de éxodo hacia una tierra prometida que implicó largas caminatas recordadas por el hambre, el cansancio y el miedo a un encuentro con los clanes hostiles. El contacto con las familias de río abajo fue conflictivo pues se trató de los enemigos del clan guiketari (de Dayuma) que habían incursionado en sus territorios, habían matado y secuestrado mujeres en el pasado. El mensaje cristiano sobre el fin del mundo ayudó a apresurar la partida. Así lo recuerda Oncaye: “Huimos por el fin del mundo, llevando solo yuca y plátano y dejando todo atrás. Caminamos cinco, ocho días solo comiendo de la cacería, Dayuma nos encontró en Sapino con arroz y azúcar”.

Para 1972, la mayoría de los clanes habían abandonado su territorio tradicional, movilizándose a Tiweno que se encontraba en el extremo sur occidental de su territorio; con la mudanza, miles de kilómetros quedaron despejados para la exploración y explotación petrolera.

Desde aquel entonces se formó a los primeros misioneros wao-rani del clan guikitaré, los mismos que habían asesinado a los jóvenes misioneros en 1956: Kimo, Mincaye, Kome, Guikita, Amo, Paa y Koba. Toña, del clan wepeiri, se convirtió en el primer mártir wao-rani al ser asesinado por sus parientes, que no aceptaron el mensaje evangélico, ni su traslado al protectorado.

Mientras eran “civilizados”, en el protectorado surgieron múltiples problemas relacionados con el paso de una vida trashumante a

una sedentaria, entre los que estuvieron los contagios de enfermedades con muertes, riñas y revueltas entre clanes; la disminución de la cacería y la pesca; el rechazo de la nueva dieta y la desconfianza a las vacunas, entre algunos conflictos. En este ambiente de caos rechazaron los matrimonios mixtos con indígenas kichwas y las formas de organización social cowori que fomentaron Dayuma y Raquel. Además fueron indiferentes al mensaje cristiano del pecado, la culpa, el infierno y el alma. La pacificación trajo grandes cambios para los cuáles no estaban preparados, como se examina más adelante.

Al abandonar el protectorado y retornar a sus antiguos poblados, las familias de los clanes wepeiri y baiwairi encontraron que las compañías petroleras se habían instalado en sus territorios. Hallaron carreteras, equipos, maquinaria, campamentos, helicópteros y pistas de aterrizaje. Los petroleros los esperaban para firmar convenios, ofrecerles trabajo, proveerlos de luz eléctrica, agua, centros de salud, escuelas y mucho más. El interés de las compañías no era el evangelio, como sus anteriores benefactores; ellos buscaban ganancias con la explotación del petróleo en el territorio indígena.

¿Fue el protectorado parte de un plan maestro entre petroleros y misioneros para despejar la zona y terminar con la violencia waorani? La colaboración entre empresas y misiones era ampliamente conocida desde la llegada de la compañía Shell en la década de 1940. A su partida, cedieron al ILV instalaciones, viviendas, pistas de aterrizaje, equipos aeronáuticos, radios, al igual que lo hicieron otras empresas como Texaco, Conoco, Maxus y Anglo, Grace Oil y Occidental. A los empresarios y misioneros estadounidenses los unía un mismo origen y filiación religiosa.

Conocer para destruir

Para la tarea de evangelización, Raquel aprendió la lengua indígena wao terero y varios aspectos de la cultura waorani, como los

relatos sobre el origen del mundo, la importancia de la guerra con lanzas, y la existencia de los babitare, unos seres del inframundo quienes enseñaron a los waorani a afilar las lanzas. Se interesó en la historia de un creador de animales, hombres y ríos, waengongi y escuchó atentamente las narraciones sobre duranibai, el tiempo de los inicios (Wallis, 1960, p. 168).

Esta información recogida por la misionera fue clave al momento de evangelizar, pues los capítulos y versículos bíblicos traducidos estuvieron relacionados con las costumbres e ideas que debían desaparecer. Los demonios (espíritus) de los jaguares y chamanes capaces de poseer y dominarlos fueron purificados con la historia de los gadarenos cuando Jesús expulsó a los demonios (Biblia, 1975, Mateo 8:28). En una cultura donde la venganza tenía un papel central, las historias bíblicas sobre el perdón fueron aprovechadas con los relatos de la crucifixión o la historia del rey David. Los salmos también fueron valiosos al aludir directamente a las lanzas: “Ha puesto fin a las guerras en todos los confines de la tierra; ha quebrado los arcos, ha destrozado las lanzas, ha arrojado los carros al fuego” (Biblia, 1975, Salmo 46:9).

De todas las historias y mandamientos bíblicos aleccionados, el más importante fue el de “no matar”, seguido por las nociones de pecado, castigo, culpa, el fin del mundo y la segunda venida de Cristo. También precisaron que “no todos los cowori eran iguales pues había aquellos que amaban a Dios y aquellos que no lo hacían” (Wallis, 1960, p. 257). Hallaron dificultad en traducir partes de la Biblia al no existir conceptos y categorías lingüísticas en wao terero. Al respecto, la misionera Catherine Peeke, explicó:

Existen deficiencias en el vocabulario porque los aucas aparentemente han vivido sin ningún conocimiento del mundo civilizado. No existen los conceptos de comprar, vender, o incluso intercambiar; o cualquier forma de trabajo especializado, organización religiosa o de gobierno [...] mercados y fronteras políticas son desconocidos para ellos. No conocen ninguna relación amo-siervo, rico-pobre. No se

reconocen situaciones de enseñar-aprender [...] parecían no tener la idea de oración. El hijo de Dios fue traducido como la cría de cierta especie de pez. (cit. en Stoll, 1985, p. 417)

Para algunos estudiosos, el protectorado constituyó una especie de resguardo de las vidas indígenas, pues los militares y petroleros los habrían exterminado, cansados como estaban de sus incursiones en trochas, campamentos petroleros y poblados para saquear comida, hachas, machetes, y todo lo que encontraban a su paso. La disminución de muertes por venganzas fue consecuencia del fin de las guerras.⁸

Entre las críticas al ILV se puede señalar que el protectorado constituyó una forma de dominación colonial, que buscó controlar a una población con fines de adoctrinamiento y destrucción cultural. Los misioneros no reconocieron ningún valor a una cultura que había logrado sobrevivir gracias a una adaptación insuperable al medio ambiental tropical. Tampoco apreciaron las virtudes, los valores, la felicidad, la dignidad y el orgullo indígena; el sentido moral cristiano prevaleció, y por ello se enfocaron en erradicar la guerra, el nomadismo y la poligamia, mientras satanizaron los demás aspectos de la cultura waorani.

Choque cultural

La irrupción de los waorani en la modernidad acarreó desorden, tragedias y enfermedades. El contacto fue tan repentino que no lograron comprender los códigos, el lenguaje y los valores de la sociedad blanco-mestiza. Pasarán varias generaciones para explicar la devastación que ha causado el extractivismo, la sociedad de consumo y el fundamentalismo cristiano, a pesar de saber que los cowori traerían la destrucción de la vida y devorarían la tierra.

⁸ La información proviene de las entrevistas con los misioneros capuchinos Miguel Ángel Cabodevilla, Juan Carlos Andueza y José Miguel Golderaz (febrero de 2023).

La presencia extranjera en los poblados wao continúa siendo una amenaza y la principal forma de explicar los males y desgracias que acontecen.

La persistencia e incongruencia de lógicas opuestas se reflejaron de distintas maneras; por ejemplo, cuando un pastor wao, que participó en la matanza del 2003 en contra del grupo no contactado taromenane, justificó su accionar explicando que no eran cristianos; un raciocinio que corresponde a la época de la guerra cuando mataban a los cowori por no ser waorani. Existen otros ejemplos de inconsistencias que se expresan en formas de violencia contra colonos o vecinos kichwa debido a la ira o extrema tristeza, emociones que antes iniciaron las guerras tribales.⁹

El cruce y los cortocircuitos mentales surgieron por los precipitados cambios culturales reflejados en matrimonios mixtos, divorcios, alienación consumista, redes sociales, individualismo, crisis de identidad, nuevos estilos de vida o conflictos intergeneracionales, en fin, los males de la ‘civilización’.¹⁰

Respecto al cristianismo, poco o nada han asimilado. Para los misioneros, los waorani no son buenos cristianos porque beben y mienten. Según los pastores waorani: se defienden al decir que “beber no es matar”; su identidad evangélica está más vinculada con el fin de las guerras (Andrade, 2025, p. 18). Durante el culto ríen y conversan sobre las actividades diarias de cacería, pesca, construcción de casas, los sueños, los viajes, tal y como lo hacían en los inicios del contacto, y por lo cual se lamentaron amargamente las

⁹ Algunos relatos refieren el descontrol de las emociones debido a la ruptura de normas de conducta, reglas de matrimonio o a la carencia de vías tradicionales de desfogue emocional.

¹⁰ Patricio Trujillo dirige un proyecto sobre “Salud mental en el Ecuador: adaptación cultural de la guía de intervención de trastornos” (PUCE, 2024). Respecto al tema de las masacres, hay que entenderlas en el contexto cultural de las venganzas y los raptos. Véanse: *El exterminio de los pueblos ocultos* (Cabodevilla, 2004), *Una tragedia oculta* (Cabodevilla y Aguirre, 2013), “Intercambio, guerra y venganza: el lanceamiento de Ompure Omeguay y su esposa Buganei CAIGA” (Narváez, 2016), “Tiempos de guerra y tiempos de paz, continuum simbólico de un pueblo de reciente contacto: el caso etnográfico de los waorani en la Amazonía ecuatoriana” (Narváez y Trujillo, 2020).

primeras misioneras estadounidenses. El pensamiento cristiano binario, que divide a la religión del resto de las actividades de la vida, al parecer no se consolidó; las estructuras mentales waorani siguen vigentes, conectadas con la vida social de las personas, las plantas, los animales, los sueños y las cosas.

Los misioneros capuchinos

La Iglesia católica llegó con cierto retraso al escenario waorani; entró a desempeñar un rol social y político más que religioso, un estilo de evangelización distinto. En el reparto del país, a los capuchinos se les asignó, en 1965, la evangelización de los indígenas waorani, siona, secoya, cofán y kichwa, en un territorio de 29 mil km², con una población de 4.500 habitantes. “El nuncio apostólico alabó a los capuchinos que, con tanto celo, abnegación y sacrificio, difunden el evangelio en las inhóspitas regiones del oriente pobladas por los indómitos aucas” (Grández, 1997, p. 79).

La prefectura de Aguarico erigida en 1953 fue confiada a la orden capuchina como territorio de misión. En 1964 asumió la dirección del Vicariato el sacerdote español Alejandro Labaka (Grández, 1997, p. 82).

Al igual que con las misiones protestantes, el gobierno ecuatoriano de Velasco Ibarra (1952-1956) firmó un convenio con la orden capuchina, para promover la colonización y civilización de las tribus “no controladas” del oriente, la fundación de colonias de blancos o de indios, la apertura de escuelas y talleres, la construcción de caminos, el adelanto “moral” y económico de la población, y la atención sanitaria, labores que, a cambio, recibieron el apoyo financiero del Estado para las obras junto a los salarios a los profesores, el sostenimiento de los internados y el otorgamiento de la nacionalidad ecuatoriana a los misioneros extranjeros (Grández, 1997, p. 87).

Para los misioneros católicos de aquel entonces, el objetivo fue evangelizar y civilizar a los indígenas a través de la catequesis, la celebración de sacramentos y la educación en escuelas e internados. La mentalidad de la época fue imponer una religión y una cultura occidentales para eliminar toda huella de la cultura indígena. Según esta concepción colonial, los nativos fueron considerados salvajes, inferiores, violentos, ignorantes, inmorales y lujuriosos, rasgos que debían erradicar por medio de la cristianización, la aculturación y la integración a la sociedad dominante. Esta visión racista y excluyente fue compartida por las élites, las autoridades locales, los hacendados, los caucheros, los comerciantes, los militares y la población mestiza en general.

La estrategia de educación se llevó a cabo por medio de internados, lo que permitió el control físico, mental y espiritual de los niños, quienes, lejos de sus familias, su idioma y su cultura fueron presa fácil de un adoctrinamiento destinado a “blanquearlos” y destruir sus tradiciones y costumbres. La experiencia de los internados católicos en el Ecuador se conoce poco, pero algo se ha escrito de los internados salesianos entre la población shuar.

Hicieron la guerra para destruir nuestra cultura [...] los salesianos trataron de hacer que perdamos lo nuestro a base de castigos. De las manos de mi mamá me habían llevado jalando, a la fuerza, pero según ellos era para mi bien. (Ortiz, 2022, pp. 117-118)

El internado capuchino de Rocafuerte funcionó durante 34 años, de 1946 a 1980, con más de 300 alumnos. Otros internados se crearon en la ciudad del Coca, para mujeres indígenas, en la misión de Pompeya y en la comunidad de Pañacocha.

En Colombia existen varios estudios sobre los internados capuchinos entre los indígenas arhuacos, que fueron considerados nefastos, pues castigaron a los niños por hablar sus lenguas, prohibieron las visitas familiares, el uso de la vestimenta, la música y los cantos tradicionales; el corte del cabello fue utilizado como una sanción común. En 1982, después de 66 años de vivir en su

territorio, los arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta expulsaron a los capuchinos, agobiados por los abusos, la explotación de los niños y la destrucción cultural. Luego de la expulsión, los indígenas demandaron al gobierno colombiano acciones de reparación a través de programas de educación bilingüe, recuperación de la tradición y fortalecimiento cultural. Concluyeron que la acción misionera había causado la desgracia más grande, puesto que los indígenas que iban saliendo de las manos de la misión trataban con odio a sus familias, se avergonzaban de su propia cultura, algo que habían aprendido de los misioneros (Duarte, 2018, p. 35).

Dicha evangelización colonizadora, racista, discriminadora de corte conservadora, cargada de complejos de superioridad, ignorancia y desamor a las culturas indígenas fue reemplazada por una misión con elementos sociales y políticos fruto de la reforma católica, como se indica a continuación.

La reforma católica

La historia de la Iglesia católica tomó un giro radical a partir del Concilio Vaticano II, cuando se produjeron reformas respecto a las misiones, a la relación con las religiones no cristianas, el respeto a otras culturas, a la espiritualidad de las minorías étnicas y a la relación con los protestantes, entre algunos temas que trataron los documentos y decretos conciliares.

En 1968 y 1979 se celebraron las conferencias episcopales latinoamericanas [CELAM] de Medellín y Puebla, espacios donde se proclamó una evangelización cercana a la realidad y a los problemas sociales y políticos; así nació la Teología de la Liberación, la opción por los pobres, el interés por conocer y respetar las culturas indígenas y la urgencia de implantar una Iglesia viva y comprometida.

El espíritu conciliar tuvo corta vida y los obispos comprometidos se convirtieron en minoría. Hace poco tiempo el papa Francisco

volvió a enaltecer al Concilio Vaticano II al considerarlo “un hito eclesial marcado por una auténtica grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera” (Malavia, 2024).

Desde un contexto posconciliar se analizará lo acontecido en el vicariato de Aguarico y el empeño de los frailes capuchinos por poner en práctica las ideas centrales del Concilio en la evangelización waorani.

La evangelización posconcilio adoptó una dimensión política y religiosa. La orientación política abarcó el respeto a las culturas, la búsqueda de justicia, la defensa de la tierra, la denuncia de la explotación minera y petrolera, el acompañamiento, la resistencia, la organización de los derechos humanos, la salud, la educación, el compromiso y el estudio. La dimensión religiosa incluyó el aprendizaje, la escucha, la observación, el perdón y una misión integral que combinara las dos posiciones. Sin embargo, los caminos no se unieron ni complementaron, pues no todos los religiosos comulgaron con la lectura social del evangelio. Los que lo hicieron se volcaron a la defensa de la tierra, los derechos, la justicia; mientras otros prefirieron continuar con una religión sacramental de bautizos, matrimonios, confirmaciones, catequesis, misas y construcción de capillas.

En el caso de los misioneros capuchinos, la corriente política prevaleció sobre la religiosa. El obispo Alejandro Labaka había participado en el Concilio Vaticano II (1965), e intentó poner en práctica algunas nociones reformistas como la Teología de la Liberación, las semillas del Verbo divino, y la universalidad de los derechos humanos.

Creo que antes de cargarles de crucifijos, medallas y objetos externos religiosos, debemos recibir de ellos todas las “semillas del verbo” ocultas en su vida real y en su cultura, donde vive el Dios desconocido. (Labaka, 2003, p. 103)

Para Labaka, no solo se trató de integrar a los waorani a la vida nacional a través del desarrollo social, también era importante

legalizar el territorio indígena y regular la actividad petrolera, por lo que propuso dos escenarios: declarar una reserva intocable o explotar el petróleo en territorio waorani respetando los derechos de los indígenas.

La misión capuchina de Aguarico aún presume de no haber bautizado a un solo waorani, ni formado catequistas, ni construido capillas, ni celebrado misas, todo ello como pruebas del respeto hacia la cultura de reciente contacto. Su misión consistió en acompañar, visitar, ayudar y aprender de los indígenas durante largos períodos de tiempo, reconociendo sus virtudes y valores culturales.¹¹ Según el vicario actual: “después de cincuenta años, la evangelización de los waorani debe avanzar”; él no es partidario de una evangelización “indirecta”, entendida como de largo plazo.¹²

Corazón de mártir

Desde los 17 años, Alejandro Labaka descubrió su vocación de misionero; en 1947 partió a su primera misión en China, lugar donde sintió el llamado divino. Pidió a su provincial ser enviado “al país de más dificultad, donde más haya que sufrir y salvar almas” (Grández 1997, p. 29). En China, permaneció cinco años hasta que fue deportado por el gobierno comunista.

En 1957 llegó a Pifo en el Ecuador, un pueblo cercano a Quito, donde fue nombrado cura párroco. Años más tarde, solicitó su traslado a la prefectura de Aguarico: “Porque es necesario más sacrificio que el actual ministerio que ejerzo en la custodia y con más sacrificio, más soledad y más abandono y con menos halagos, por parte de mis feligreses, quiero ayudar más a la iglesia del silencio” (Grández, 1997, p. 64).

¹¹ Algunas autobiografías describen la evangelización indirecta. Véanse Labaka (2003), Tagliani (2004) y Santos (1996).

¹² Entrevista con el vicario de la provincia de Orellana, Nelson Piuza, Coca (junio de 2023).

En 1965 fue nombrado prefecto apostólico de Aguarico, confiándosele la evangelización de los waorani. El misionero llegó a la selva en un ambiente convulsionado: por una parte, las compañías petroleras habían encontrado abundantes yacimientos de petróleo en el territorio waorani y querían explotarlo, salvo por los ataques de los indígenas que cundieron el terror. Por otro lado, el vicariato vivía las tensiones posconciliares y su papel de mediador de los conflictos al interior y exterior de la Iglesia se volvió inevitable.

En su primera visita al clan wepeiri, en 1974, Labaka pidió su adopción en una familia waorani.¹³ El misionero, sin conocer la lengua y frente a una cultura de reciente contacto, creyó descubrir las “semillas del Verbo” en los cantos y los mitos indígenas; consideró a los ancianos una especie de profetas del Antiguo Testamento, y en la desnudez física vio una metáfora para despojarse de sus juicios y prejuicios culturales.

La inculturación del evangelio se expresó en el respeto y la admiración a la cultura waorani.

Tienen una vida familiar riquísima en relaciones humanas. Las noches he contemplado cómo se ríen, gozan, cuentan los acontecimientos del día [...]. Es una cultura familiar, igualitaria y hermosa, de unas cualidades que el mundo ha perdido y que tenemos que recuperarlas. (Grández, 1997, p. 182)

De regreso al ámbito mundano, las compañías petroleras le solicitaron intercambiar favores: horas de vuelo en helicóptero para ubicar a los pueblos no contactados (tagaeri, taromenane), a cambio de apoyo moral a los obreros y el control de los desmanes y robos del clan wepeiri. Araba, el hermano adoptivo del obispo y celebre asal tante, recuerda que Labaka les decía: “Deje que vivan los petroleros, son buenos, también son hermanos. En nuestro territorio todavía

¹³ El clan wepeiri de aproximadamente 50 personas fue evangelizado, por el ILV, 20 años antes de la llegada de Labaka. El primer misionero protestante, Toña, fue asesinado por el padre de Inihua. Luego llegó el hijo de Dayuma, Sam Padilla, para integrarlos en su operación turística.

tuvimos venganza. Wareka [misionero ILV] también exhortaba a no pelear y vivir en paz”.¹⁴

La situación se complicó cuando, a pesar de sus gestiones, continuaron los saqueos y muertes de obreros y la empresa sísmica francesa Société Générale de Géophysique [CGG] solicitó el apoyo del obispo. Las muertes habían sido cometidas por el clan no contactado tagaeri. Los wepeiri conocían de la ferocidad del grupo y aconsejaron a Labaka no aproximarse a ellos pues estaban de por medio venganzas pendientes y era peligroso entrar en su territorio. “Ellos no son como nosotros, son muy diferentes. Ellos no respetan, usted va a morir”, le advirtió Araba. El aviso fue confirmado por los sueños de Araba que vio un árbol caído, tormentas con rayos, lluvia y viento. Pero el obispo se empeño en “salvar” a los tagaeri. Labaka murió acompañado de la hermana Inés Arango con diecisiete lanzas. El don del martirio se les atribuyó seguidamente a sus muertes. En 1996 se inició un proceso de canonización del obispo Labaka y la hermana Arango (Grández, 1997, p. 292).

Algunos religiosos subrayan el papel redentor de Alejandro: “Las minorías habrían quizá desaparecido sin el soporte ideológico, espiritual y moral de Alejandro y su equipo que han dejado su vida” (Aizpurúa 2012, p. 136).

Los waorani rememoran la obra social de los capuchinos, la defensa del territorio, la minería ilegal, las denuncias contra los mecheros que continúan ardiendo en la selva. En el plano religioso no los distinguen de los protestantes.

En Dicaro, la familia que acogió a Labaka lo recuerda como aquel que: “trajo motor, construyó canoas, regal   animales domésticos, trajo semillas, llevó a Rocafuerte a educar, hablar español y conocer a los cofanes. Aprendimos cosas occidentales, comimos comida occidental, él vino a civilizarnos más, a hacer bien el contacto” (Andrade, 2024).

¹⁴ Entrevista con Araba, líder de la comunidad de Dicaro (diciembre de 2023).

El rol mediador del obispo y su vocación de mártir lo condujeron al fin de su vida. La explotación petrolera no se detuvo con su muerte, más bien continuó con más ruido, contaminación, extorsión y violencia. Tal y como relata el ingeniero petrolero Viteri, testigo de los hechos: “La muerte del obispo y la hermana con el transcurso del tiempo sería una historia más de la Amazonía ecuatoriana, un cuento pasado y nada más que eso. Braspetro/ELF habían hecho grandes inversiones en el bloque 17, los trabajos de exploración no podían quedarse a medias” (Viteri, 2008, p. 348).

Invasión y explotación petrolera

Las transnacionales petroleras fueron otro actor clave en el contexto waorani.¹⁵ Como examinamos anteriormente, con la creación del protectorado, las empresas ocuparon los territorios indígenas para la explotación de petróleo. Al retornar a sus antiguos territorios, los waorani del Parque Nacional Yasuní efectuaron tratos, reparatos, saqueos, robos y negociaciones con las compañías petroleras y sus subsidiarias. Diferentes empresas entraron y salieron, de acuerdo con el fin de los contratos o nuevas licitaciones. Arribaron empresas americanas, francesas, inglesas, canadienses, españolas, argentinas, chinas y ecuatorianas; cada cual negoció contratos de forma diferente tanto con las comunidades como con la organización waorani [NAWE]. Unos acuerdos fueron más favorables que otros, dependiendo de la presión waorani (paros, robos, saqueos). La forma mercantil de relacionamiento con las petroleras y misioneros marcó los intercambios con los demás cowori, ya fuesen turistas, ecologistas, académicos, estudiantes, etc. Ser cowori se

¹⁵ Esta sección está basada en entrevistas a exobreros waorani y en el libro autobiográfico de Jorge Viteri, quien fue empleado de las compañías GSI, CGG y Maxus entre 1965 y 1996.

identificó con ser proveedor de bienes, servicios, dinero y regalos, tal y como había sido la breve historia del contacto.

A continuación, se presenta una mirada general de la dinámica y los alcances de la actividad petrolera en alianza con los misioneros protestantes y católicos.

En 1965 el gobierno ecuatoriano adjudicó la provincia de Napo a la empresa Texaco-Gulf para explorar y explotar petróleo, que, a su vez, subcontrató a la Geophysical Service Incorporated [GSI] para realizar los trabajos de sísmica (trocha, perforación, topografía y laboratorio). En 1966, trabajaban 600 obreros en los territorios de los indígenas siona, cofán y waorani. El ILV se convirtió en un socio valioso de Texaco-Gulf y GSI, al suministrar avionetas, avión de carga, información y servicios médicos. Los capuchinos también colaboraron alquilando el internado de Pañacocha para los campamentos de la GSI y la CGG. Según Viteri, los capuchinos “no tenían recursos económicos, ni avionetas, ni pilotos, pero deseaban identificar y acercarse a los tagaeri sobrevolando el territorio con los helicópteros de las empresas petroleras” (Viteri, 2008, p. 152).

La relación entre las transnacionales petroleras y los indígenas siguió un mismo patrón: entrada a los territorios para levantar líneas de sísmica, a cambio de entregar dádivas: “les dábamos víveres, pólvora, municiones, espejos, linternas peinillas, cintas, cuchillos, galletas y caramelos”¹⁶ (Viteri, 2008, p. 33).

La zona roja correspondió al área tagaeri, la cual prometía mucho, pero era de alto riesgo. En 1969, Texaco firmó un contrato con el comando militar asentado en la población de Shell, base del ILV, para que los militares resguardaran a los obreros de un posible ataque indígena. Participaron 80 soldados, un capitán, un teniente y tres subtenientes garantizando el paso de las líneas sísmicas. Cada

¹⁶ Con el paso del tiempo, los waorani, los colonos y los kichwa demandaron bienes y servicios más valiosos como canoas, motores, armas, generadores, paneles solares, caminos lastrados, escuelas y profesores. Los waorani perfeccionaron la técnica de ‘robar para canjear’ especialmente con los equipos de sísmica: explosivos, cables, cajetines y geófonos.

grupo de trocha estuvo acompañado por cuatro soldados que fueron pagados por Texaco en calidad de obreros petroleros. Se hicieron relevos de militares cada ocho días. Los militares plantearon la alternativa de localizar las viviendas tagaeri por aire y lanzar bombas de humo con gas. (Viteri, 2008, p. 74).

El primer pozo de Texaco-Gulf, en territorio wao, fue nombrado “Auca”, el mismo que suscitó enormes expectativas de parte del gobierno del Ecuador:

Las autoridades del gobierno, de la Dirección Nacional de Hidrocarburos y militares de alto rango nos visitaban continuamente; estaban empeñados e interesados en conocer a la brevedad posible los resultados de la perforación; existía gran optimismo y una fe inmensa que en territorio auca también encontraríamos petróleo. (Viteri, 2008, p. 94)

La táctica militar se volvió a aplicar en 1989, cuando la Corporación petrolera del Ecuador [CEPE] contrató mercenarios de la etnia shuar para resguardar a los obreros en la zona tagaeri. “Nada habían servido las muertes del 77 ni la del padre Labaka e Inés Arango, de nuevo a meternos en el avispero de los tagaeri”¹⁷ (Viteri, 2008, p. 416).

Tanto el ILV como la misión capuchina se opusieron a las incursiones armadas por temor a una masacre; pero frente a la impotencia se limitaron a proporcionar recomendaciones en casos de posibles encuentros con los tagaeri.

La actividad petrolera se iniciaba con el desbroce de la selva, seguido por la construcción de plataformas, la perforación de pozos con taladros (a más de 10 mil metros de profundidad) y la construcción de caminos donde pasaban, diariamente, cientos de volquetas y equipos pesados.

¹⁷ En 1977 se produjo un encuentro entre obreros y tagaeri con un saldo de tres obreros muertos con lanzas. Los tagaeri habían advertido su malestar por la presencia petrolera colocando lanzas cruzadas en el camino, señales que no se respetaron.

Los helicópteros con sus motores que hacían enorme ruido, los disparos de sismica, el rugir de las motosierras y de los motores de los taladros, habían ahuyentado a las aves y a los animales silvestre que poblaban la selva y que ahora ellos tenían que caminar muchísimos kilómetros para poder cazarlos y así llevar el sustento diario para los suyos. (Viteri, 2008, p. 176)

Algunos waorani terminaron contratados por las petroleras para tareas de limpieza, desbroce, motosierras y sismica confiando así en disminuir el asedio a las empresas. De acuerdo con Viteri los mejores obreros wao provinieron del protectorado (Pastaza), pues “estaban más asimilados, comían sal y decían malas palabras; seguidos por los del Yasuní, y finalmente los de Dicaro que eran los más temerarios”. En la década de 1980, cuando Viteri regresó al clan baiwairi y percibió que se habían tranquilizado:

Un buen día llegaron por primera vez a Taracoa los huaorani de Garzacocho: Araba, Anaento, Inihua, Buca y otros. Traían monos, loras, chilibreces para cambiarlos con víveres o venderlos. Esto fue nuevo para mí; antes tomaban todo lo que se les venía en gana, sin pedir. Me vino a la mente el padre Labaca, la misión capuchina y las hermanas Lauritas; ellos les habían enseñado que hicieran trueque. (Viteri, 2008, p. 257)

En 1985 se produjo un nuevo enfrentamiento entre los trabajadores de CGG y los tagaeri, que resultó con dos obreros waorani lanceados (heridos) y un tagaeri muerto.¹⁸ En la década de 1980, la CGG contaba con 1.800 obreros kichwa y colonos y 80 trabajadores waorani, sin contar a los obreros de otras empresas petroleras y subsidiarias en territorio indígena.

Aprendí que las reacciones de los huaorani eran impredecibles, nunca sabíamos en qué momento y en qué lugar nos harían un paro. Más de una vez, su enojo desbordaba los límites de la tolerancia, sus

¹⁸ El tagaeri herido que murió más tarde fue Taga, el líder de los tagaeri. Esta información fue proporcionada por la niña tagaeri Omatuke, que fue secuestrada por los waorani contactados.

amenazas de matar se podían dar en cualquier momento; y en mi caso, no puedo negarlo, al inicio de un nuevo día sentía mucho miedo. (Viteri, 2008, p. 443)

En resumen, se advierte que la exploración y explotación petrolera se convirtió en la actividad prioritaria de la economía del Ecuador y de los intereses de las transnacionales petroleras. El país depositó esperanza y confianza en el mineral, el cual prometía prosperidad y desarrollo, sin considerar los impactos culturales, ambientales y sociales. Frente a ello, las vidas del pueblo waorani de reciente contacto y no contactado carecieron de valor e incluso se consideró eliminarlos. La alternativa fue negociar con los dueños de la tierra, entregándoles baratijas a cambio del uso del suelo con la consiguiente destrucción del bosque, los ríos, los animales, las plantas y la desaparición de los espíritus.

Las misiones cristianas de filiación política de derecha e izquierda fueron las aliadas claves de las multinacionales para la pacificación y la civilización waorani. Sin embargo, el espíritu guerrero waorani se rebela continuamente a través del arma mejor conocida, la violencia, dirigida hacia los cowori invasores y también hacia los waorani que permanecen sin contacto.

Epílogo

Este capítulo ha analizado algunos elementos del reciente contacto entre dos sociedades diametralmente opuestas: la sociedad tribal de cazadores-recolectores waorani y la sociedad occidental capitalista.

El encuentro cultural supuso el dominio del modelo occidental y cristiano sobre el indígena, el cual ha sobrevivido a pesar de la invasión de su territorio, el contagio de enfermedades, el adoctrinamiento religioso, la destrucción del medioambiente y otros impactos de la modernidad.

La relación entre los distintos actores externos y la población waorani ha sido examinada de manera general, pues el interés inicial de la investigación etnográfica fue analizar dos modelos de evangelización. Sin embargo, se evidencia que las dimensiones sociales, políticas y económicas penetran de lleno en el campo religioso. Parte de las estrategias y métodos de evangelización estuvieron vinculados con la educación, la salud y el desarrollo, y las responsabilidades que los gobiernos nacionales delegaron a las misiones religiosas.

Algo similar tuvo lugar con las empresas petroleras que operaron de la mano del Estado y del protestantismo conservador, tanto para apaciguar a los indígenas como para movilizarlos y despejar los territorios para la explotación petrolera. La relación entre Estado, empresas y misiones se basó en la misión de pacificación y la firma de convenios, de forma que se consolidó una lógica mercantil anómala. El Estado defendió, a rajatabla, los intereses de las transnacionales y las misiones, en nombre del progreso de la nación. La defensa de la vida de los pueblos indígenas estuvo prácticamente ausente, salvo por cierto idealismo de la reforma católica que terminó sucumbiendo al influjo petrolero.

Después de 65 años de contacto, continúa abierta la brecha “civilizatoria”. La conciliación entre las dos culturas ha sido compleja pese al férreo control del ILV durante los primeros 30 años de contacto. La dependencia a la industria extractivista originó una deficiente adaptación al sistema-mundo, situando a los waorani en una escala inferior al resto de la población. Además, los impactos de la modernidad se manifestaron en problemas de salud, rupturas familiares, conductas mentales anómalas y drásticos cambios culturales.

Se examinaron dos formas de evangelización similares y, a la vez, distintas. Los protestantes y católicos llegaron a salvar las almas waorani, a través del martirio de los misioneros. Unos y otros prohibieron las tradiciones y costumbres; negaron la experiencia y los saberes indígenas así como la vida social y ritual. La evangelización se basó en el miedo, la culpa, el infierno, el pecado, lo bueno y lo malo, conceptos que resultaron extraños a un pensamiento

integral y colectivo. De ahí la complejidad de asimilar la doctrina, la ética y la moral cristianas.

Los misioneros cristianos construyeron imaginarios que no coincidieron con la realidad cultural de los indígenas. Los mártires americanos, el misionero wao Toña, el obispo Labaka y la hermana Inés Arango son ejemplos de un determinado apostolado y misión de fe de las iglesias cristianas.

En este proceso, algunos misioneros realizaron un *mea culpa* sobre el sentido de la misión con indígenas que no se interesaron en el mensaje cristiano. Hubo controversia sobre la destrucción de la cultura y dilemas sobre los métodos de evangelización empleados que causaron la división de los clanes, el contagio de enfermedades y la invasión de las empresas extractivistas en territorios indígenas.

El choque cultural inverso, el de los misioneros, sacudió su propia moral, cuestionó los significados de la confianza, la lealtad y la amistad, para descubrir, con amargura, que tenían otros sentidos para los indígenas; además, debieron admitir que las vidas waorani eran sanas y felices. Para los católicos posconcilio, la inculturación del evangelio tampoco resultó fácil, pues desprenderse de los sentimientos de vergüenza y culpa o entender los afectos desinteresados de un pueblo libre fue ilusorio.¹⁹

Si bien los católicos actuaron de manera similar a los protestantes (imposición, desprecio por la cultura, prohibiciones y castigos), el Concilio Vaticano II trajo reformas que llevaron hacia un mayor respeto y valoración de los pueblos indígenas y a la búsqueda de la justicia social. Para los waorani, la diferencia entre estos cowori no es del todo evidente. “El obispo enseñó no hacer daño entre nosotros, enseñó nueva forma de vivir. La misionera Raquel también vino con Dayuma por igual objetivo: civilizar. Fue igualito que el obispo”.²⁰

¹⁹ En los diarios personales de los misioneros hallamos este tipo de introspecciones.

²⁰ Entrevista con Inihua, padre adoptivo de Labaka, comunidad de Dicaro (diciembre de 2023).

Bibliografía

Aizpurúa, Fidel (2012). Una nueva idea de evangelización en la *Crónica Huaorani* de Alejandro Labaka. En Miguel Ángel Cabodevilla et al. (Eds.), *La aventura misionera de Inés Arango y Alejandro Labaka* (pp. 15-35). Quito: CICAME.

Andrade, Susana (2024). Corazón de mártires: Misiones cristianas y evangelización de los indígenas waorani del Ecuador. En Diego Messa y Alessandra Ciurlo (Eds.), *Catolicismos y política en América Latina*. Roma: Pontificia Universidad Gregoriana.

Andrade, Susana (2025). Operation Auca: Contact and Evangelization of the Waorani Indians in Ecuador. En Joseph Florez y Pedro Feitoza (Eds.), *Evangelicalism in Latin America: a documentary history in context*. Cambridge: Cambridge University Press.

Anón (1975). *La Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Cabodevilla, Miguel Ángel (2004), *El exterminio de los pueblos ocultos*. Coca: CICAME.

Cabodevilla, Miguel Ángel y Aguirre, Milagros (2013), *Una tragedia oculta*. Coca: CICAME.

Duarte, Juliana (2018). *Expulsión de los misioneros capuchinos por la comunidad Arhuaco en la Sierra Nevada de Santa Marta - 1982*. Bogotá: Universidad Javeriana de Bogotá.

Elliot, Elisabeth (2002), *Through gates of splendor*. Stream: Tyndale Momentum.

Everett, Daniel (2008). *Don't sleep there are snakes*. Nueva York: Pantheon Books/Random House.

Grández, Rufino María (1997). *Arriesgar la vida por el Evangelio*. Quito: CICAME.

Labaka, Alejandro (2003). *Crónica Huaorani*. Quito: CICAME.

Long, Kathryn T. (2019). *God in the rainforest*. Oxford: Oxford University Press.

Malavia, Miguel Ángel (enero de 2024). En plena tormenta de críticas internas, Francisco ensalza a Pablo VI como un “papa mártir”. *Revista digital Vida Nueva*.

Narváez, Roberto (2016), Intercambio, guerra y venganza: el lanceamiento de Ompure Omeguai y su esposa Buganei CAIGA. En *Cuadernos de antropología* (pp. 99-110). Quito: PUCE.

Narváez, Roberto y Trujillo, Patricio (2020). Tiempos de guerra y tiempos de paz, *continuum* simbólico de un pueblo de reciente contacto: el caso etnográfico de los waorani en la Amazonía ecuatoriana. *Cadernos de Campo*, 29(1), 13-37.

Ortiz, Cecilia (2022). *La evangelización del pueblo shuar en la Amazonía ecuatoriana*. Quito: Abya-Yala.

Stoll, David (1985). *¿Pescadores de hombres o fundadores de imperio?* Lima/Quito: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo/ Abya-Yala.

Viteri, Jorge (2008). *Petróleo, lanzas y sangre*. Quito: La palabra editores.

Wallis, Ethel Emily (1960). *The Dayuma Story*. Nueva York: Harper & Brothers publishers.

Wallis, Ethel Emily (1973). *Aucas Downriver*. Nueva York: Harper & Row editors.